

Estado ha querido defender en interés general por sobre los casos e intereses de los particulares.

NOTA.—La publicación de la obra del doctor Camargo que lleva como título "Consideraciones relativas al Control de Cambios" sería de grande utilidad como lo demuestra el capítulo anterior.



EL PROFESIONAL DEFIENDE SU PRESTIGIO...



## RAFAEL MARIA CARRASQUILLA O EL MAESTRO

POR MANUEL SERRANO BLANCO, COLEGIAL DEL COLEGIO  
MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Un ancho patio de rojizas lozas se abre y extiende a nuestra vista. Montan sobre él la guardia unas columnatas sobrias que sustentan muros escuetos, conventuales y tímidos. Sobre un pedestal que decoran escudos monárquicos y religiosos, se irgue una estatua de bronce retintos. Es un eclesiástico de fino perfil, descubierta la testa, serena la faz, amplia la clámide que cae en abrigados pliegues. Sus manos exangües aprisionan un infolio de abultadas letras, y a sus plantas crece un jardincillo de gajos tristes y temerosas flores. Es aquel fraile dominico, Cristóbal de Torres, que tras de ser en la cortesana España confesor y predicador de príncipes, se vino a las Américas y fundó en Santafé un colegio de doctrinas clásicas, que puso bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Rosario, vencedora en Lepanto, junto con el bastardo Juan de Austria, en porfiada lucha contra el agareno hereje.

Suenan alongados los pasos sobre la piedra humilde, y se comienza a ascender por una gradería que ostenta en mármoles tímidos, bajo el sonrojo de una O Larga, Negra y Partida, esta leyenda de castellanòs timbres:

Por esta escala  
Francisco José de Caldas  
Colegial, Catedrático y Conciliario  
De este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,  
Descendió de la prisión al patíbulo  
Para ascender luego a la inmortalidad.

Fue el sabio ingenuo y glorioso, hijo de estos claustros, quien también sobre el pálido muro el SOS de la partida defi-

nitiva y sin retorno, cuando con el carbón de la hoguera en que cocinaba sus amargas raíces, dejó para siempre en esta escalera su genio, su gracia, su heroísmo y su recuerdo.

Subimos por aquellas lozas, adelgazadas por los siglos, sobre las cuales quedó el rastro de los espolines de los caballeros, como en los palacios ducales de la edad media. Recorremos ensimismados y sumisos aquellas salas de latinos nombres, hasta plantarnos frente a la que lleva sobre su dintel esta leyenda: Aula Máxima. Son los días soleados del mes de febrero, de un año cualquiera, en el primer tercio del siglo que vivimos, en que mozos y viejos deambulan por allí en el afán de ingresar a este Colegio de Mayores Letras. Se alinean en silenciosa cauda los aspirantes con sus tutores y entretanto que nos llega el turno de comparecer ante el solemne rector, hagamos un viaje por estas aulas que nos aprisionan como capas de plomo. Se alarga la sala en pareja dimensión, y todos sus muros, de techo a suelo, están cubiertos por lienzos enmarcados en doradas o fúnebres maderas. Son personajes de medioeval estampa, con atuendos episcopales los más, matizados en sus capas pluviales, en sus birretes teogales, en sus amatistas litúrgicos, por la silueta republicana, prosáica y aburguesada de algunos civiles, con la faz rasurada, con perilla quevedesca o con mostachos erguidos a la manera gascona. En muchos de esos cuadros se nota el pincel maestro de Vásquez Ceballos o de los grandes artistas españoles. Sobre todo en este de un prebendado con castizos apellidos, magro, enigmático, que pudiera ser pintado por aquel Doménico Greco, y en cuyo fondo debiera destacarse el verso del rey Felipe:

Sobre su augusto pecho generoso  
Ni joyeles perturban ni cadenas  
El negro terciopelo silencioso.  
Y en vez de cetro real, sustenta apenas  
Con desmayo galán un guante de ante  
La blanca mano de azuladas venas.

O es aquel otro personaje de infanzona estampa y actitud doncellezca, de juvenil hermosura, no obstante la sobriedad

de las tocas y hábitos frailunos, que alcanzó gloria y renombre, según lo dice la redondilla que en torpes cifras y en romance ingenuo se lee al pie de su escudo nobiliario:

Vivió poco pero tal,  
Que a Santo Tomás llegó,  
Y parece que nació  
Para no tener igual.

Este otro rector que allí se esconde, oriundo de Pamplona, Araque de apellido y sabio de estudio y de silencio, asoma por entre la gorguera de cándidos linos, su rostro alargado y magro, sarmentoso y martirizado, que nos hace recordar ciertos santos macerados, en que la carne lívida parece raíces y la sangre se transfundió en transparencias agónicas.

Aquel de más allá ya viene de tiempos más cercanos: es el arzobispo Caycedo y Flórez, el primer prelado de la nueva escuela republicana, venido al mundo en nuestras tierras santanderinas, en un burgo poblado de hombres rudos, altaneros y limpios.

Y de pronto los ojos temerosos se topan en el centro del dosel con una efigie de raros perfiles, orgullosa, principesca, de mirada entre dura y soñadora. Pero callemos, que ese hombre de tan extraña y arrogante presencia es el mismo que en carne y hueso se sienta aquí, sobre esta silla cordobesa, y es el que va recibiendo o rechazando los colegiales que hasta él llegan, asustadizos o despreocupados, más asustadizos que despreocupados, a pedir que las puertas del Colegio Mayor se abran para sus ansias estudiantiles, que añoran, y desean formar en la nómina de esta ilustre casa del colombiano saber.

Es monseñor Rafael María Carrasquilla y Ortega, descendiente de libertadores, canónigo de la catedral de Bogotá, prelado doméstico de Su Santidad el Papa, orador sagrado de elocuencias clásicas, escritor, charlista, sabio, maestro y hombre humano, como pudiera decirse de su colega en sagradas teologías, don Francisco de Quevedo y Villegas.

El busto amplio surge tras de un escritorio de rudas maderas, que apenas decoran libros humildes, un devocionario de

horas, y la mano larga y fina, tendida sobre la mesa que lo escuda, como en una caricia, como en una agresión.

Mirémoslo de cerca, mientras alecciona, reconviene o estimula a la estudiantada que pasa delante de él. La cabeza se corona con la nieve de los atardeceres y en ella se disimula pequeña cogulla de prebendado. La frente se extiende pensadora, haciendo un puente de dibujados pliegues en el entrecejo, que escudan dos ojos de mirar dominador: ya se tornan cariñosos y amorosos, ya son vivaces y rudos, ya se elevan hacia los muros de la sala, ya miran, de fijo, escrutando cruelmente al interlocutor. Estos ojos los hemos visto en algún personaje que vive en nuestro subconciente. ¿Son los de Savonarola o son los de Francisco de Asís? Son los de un galán enamorado o son los de un mártir de la fe, que los enciende como candelas devoradoras al pensar y defender su divino ideal.

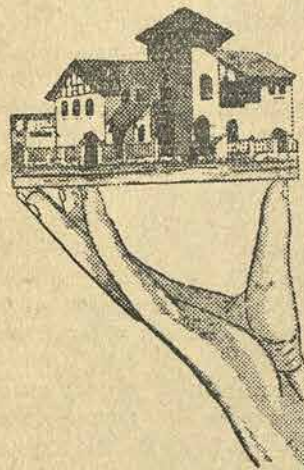
No sabríamos decirlo. Pero nos impresionan fuertemente, parecen que nos siguen en la vida, a través de años y de años. Que unas veces nos aplauden con cariño y con alegría, que otras veces nos censuran con reproche y con indignación, que en unas ocasiones brilla en ellos la perla del amor y en otras se cuaja el fulgor de su reproche.

Y el rostro del prócer se sigue dibujando con rayas firmes, con trazos acusados, seguros, como tallados en mármol, en el cual las líneas se estilizan con varonil arrogancia. Las aletas de su nariz vibran como las de un fino y puro corcel de carreras, y de vez en cuando reciben la caricia del toque de rubio rapé, que absorbe con delectación sensual, al mismo tiempo que las enjuga con amplio pañuelo de colores, que entresaca de la clausura de su sotana.

Y luego aquella boca risueña o adusta, con labios borbónicos y amplios, va diciendo palabras, en las cuales no hay nada vacío e inútil, sino que se cuajaron en ideas, en donaires, en consejos, en censuras, siempre alumbradas por un sentido de bien y de bondad, que subyuga, que alela, que conmueve y que convence.

Ya tenemos ahí el maestro, al cual se halla vinculada la

vida espiritual y mental de tantas generaciones colombianas. Ya surge su estampa, hecha para la admiración y para el afecto, la misma que habrá de ser grabada en las imaginaciones juveniles, de cuantos lo vieron por estos claustros del arzobispo Torres, desfilan a largos pasos, hacia su cátedra de metafísica y de ética, con una arrogancia de príncipe, que agita la veste enlutecida de su clámide eclesiástica y ostenta el porte orgulloso de su estirpe y de su silueta heroica.



**CUANDO USTED DESEE  
COMPRAR O VENDER  
Edificios, Casas, Chalets,  
Lotes o Haciendas,  
llame a**

**ERNESTO  
FORERO  
ROMAN**

ESTABLECIDO EN NE-  
GOCIOS DE FINCA RAIZ  
DESDE 1925

**BANCO DE COLOMBIA, OFICINA NUMERO 502.**

**TELEFONOS: Oficina, 850. — Casa, 8505.**